

## CAPITULO XI.

De como el Niño Jesus fué perdido en Jerusalem por sus Padres, y del dolor que por esta pérdida esperimentó la Santísima Virgen hasta hallarle en el Templo entre los Doctores.

De la santa infancia del divino Salvador nos da cuenta el Evangelista San Lucas con estas breves espresiones: «Y el Niño crecía, y se fortificaba, estando lleno de sabiduría: y la gracia de Dios era en él <sup>1</sup>.» Mientras mas se estudió el Evangelio mas se admiró el orden admirable de la Providencia. Jesucristo era verdadero Dios, al mismo tiempo que verdadero hombre. Como Dios era la misma sabiduría, la luz verdadera destinada á iluminar á los hombres <sup>2</sup>: mas como hombre quiso aparecer en la forma de siervo, y semejante á los demas hombres en todo, excepto el pecado. Asi como siendo su generacion eterna, nació en tiempo, creciendo en edad, asi tambien siendo la misma sabiduría, quiso ir creciendo en sabiduría para que en él no viese el mundo sino un verdadero hombre. No convenia á sus altísimos designios manifestar su divinidad desde el principio, sino que mas tarde fuese confirmada con sus repetidos prodigios: «debía manifestarse sin duda, pero debía hacerlo con mesura y dispensacion, de manera que nos alumbrára, sin cegarnos con su resplandor: como un maestro que parece aprende con su discípulo para escitar su emulacion sin desalentarlo.

<sup>1</sup> Luc. II, v. 40.

<sup>2</sup> Erat lux vera, quæ illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum. Joan. I, 9.

Este método que fué el de la sabiduría humana en cuanto tuvo de mas elevado, debía ser tanto mas el de la sabiduría divina, cuanto siendo ella infinitamente mas alta, le convenia mas que á la nuestra el bajarse. Finalmente no olvidemos que siendo el plan de esta divina sabiduría diferir su maravillosa propagacion hasta la cruz, y no manifestarse hasta entonces sino como á ráfagas y en *parábolas*, no debía escitar demasiado aquel asombro que hacia ya decir á los contemporáneos de su aparicion: ¿Cómo es tan sábio este hombre que no ha estudiado <sup>1</sup>?» Hé aquí porque quiso el Señor ir manifestando su sabiduría como por grados. Entre tanto era la gloria y el embeleso de su Madre que observaba todas sus acciones y procuraba meditar y conservar en su corazón cada una de las palabras que salian de sus divinos lábios.

Hemos llegado á la época mas oscura de la vida de la Santísima Virgen María, porque el Evangelio guarda silencio acerca de la infancia de Jesus, sin decirnos otra cosa que lo manifestado en las lacónicas palabras que acabamos de comentar, y solo nos da cuenta de la pérdida del divino Niño, de la que vamos á ocuparnos. En Nazareth, lugar mirado con desprecio, y del que preguntó mas tarde Nathanaél si podia haber cosa buena <sup>2</sup>, residió la Santa Familia desde la vuelta de Egipto hasta que el Salvador salió á los treinta años de su edad, para dar principio á la carrera de su predicacion, y por esto, no obstante haber nacido en Belen de la Judea, era llamado Nazareno. María destinada á ser la maestra del mundo por sus virtudes, recibió una nueva honra durante la infancia de su Hijo, cual fué la de instruirle. Siendo Jesus la misma sabiduría,

<sup>1</sup> Augusto Nicolás. *La Virgen Maria, segun el Evangelio*, cap. XVI.

<sup>2</sup> ¿A Nazareth potest aliquid boni esse? Joan. I, 46.

quiso para mas asemejarse á los demas hombres recibir la enseñanza de su Madre. Así lo afirman la mayor parte de los escritores sagrados aunque no falta alguno que afirme que tambien tuvo parte en su educacion un célebre rabino, dedicado en Nazareth á la enseñanza de los niños. Orsini en una nota de su bello poema, cita un párrafo del padre Gibieuf, titulado *Grandezas de la Virgen*, aprobado segun dice por la facultad de Teología de Paris, y por muchos obispos de Francia, que nosotros vamos á nuestra vez á trascribir, por el honor que de él resulta á la Santísima Virgen. Dice así: «Ella le hablaba de Dios, como se habla á los niños: le habla de amor y de adorar á Dios: le dice que es su Dios y su Padre, y sus palabras entran poco á poco en su alma por el conducto de los sentidos, que se abren y se facilitan diariamente. Y cuando él empieza á ser algo mas robusto, y que su lengua empieza á desplegar, ella le canta, y le hace aprender los himnos que la piedad de la ley habia destinado á las alabanzas de Dios... ¡Oh santa y feliz escuela, esclama, en la que María enseña y Jesus aprende!»

La ley de Moisés obligaba á los iraelitas á presentarse en Jerusalem tres veces al año, para ofrecer votos y sacrificios al Señor. Estas tres ocasiones en las que los hijos de Israel debian presentarse en Jerusalem, eran una en la solemnidad de los Tabernáculos, otra en la de las Hebdómadas, que es por Pentecostés y la otra de los Azimos, que era la Pascua de Parasceve. Esta ley no obligaba mas que á los varones, y asi las mujeres quedaban en libertad de ir si á ello les movia la devocion ó permanecer en sus casas. No hay que decir que el bendito Patriarca José obedientísimo á la ley

1 Orsini. Nota 4.<sup>a</sup> del cap. XIV de su obra citada, refiriéndose á Gibieuf, tom. II, cap. X.

acudia á cumplir este deber, y en la solemnidad de la Pascua, lo hacia acompañado de Jesus y de la Santísima Virgen.

Jesus era como de doce años de edad, y como ya hubiese sido depuesto del trono, y tal vez dejado de existir, Arquelao, hijo de Herodes, de quien siempre trataron de resguardarse los santos Esposos por un justo temor, determinaron al llegar la Pascua, hacer su acostumbrada expedicion en compañía de Jesus, no por caminos ocultos y retirados, sino con la mayor tranquilidad y en compañía de otras muchas familias nazarenas. A esta fiesta que llamaremos romería religiosa, tenian costumbre los judíos de ir formando grupos, segun las relaciones de sangre, edad, sexo y amistad: ¡feliz el grupo en el cual iba la humildísima Maria, edificando á sus compañeros de viaje con santas instrucciones! ¿Irian oyendo sus palabras algunas de aquellas piadosas mujeres, que mas tarde habian de salir llorando al encuentro del Salvador al caminar con la cruz sobre sus hombros al monte de la Redencion? Así podemos pensarlo, como piensa Orsini, que entre los jóvenes con los cuales iba reunido Jesus, se encontraban los hijos del Zebedeo, Jaime y Juan.

¡Cuadro admirable el que presenta la santa Familia luego que ha llegado á Jerusalem! El que era como Dios é Hijo de Dios, entra en el Templo, y humildemente adora á su Eterno Padre, ofreciéndose de nuevo como á su venida al mundo, á ser víctima sacrificada por la salvacion de la humanidad. Tal vez la multitud que llenaba el ámbito del Templo pedia á Dios que apresurase los dias de su misericordia enviando al que habia de venir. ¡Ignoraban que le tenian tan próximo, y que mientras ellos oraban él se ofrecia por la salud de los humanos!

Jesus cumplió con el deber que era comun á todos los

israelitas, enseñando con su ejemplo la fidelidad y obediencia que á las leyes son debidas: salió del Templo, y en compañía de sus Padres y parientes, comió el Cordero Pascual observando con la mayor exactitud todas las ceremonias prescriptas por la ley, y concluidos los dias que duraban las fiestas de la Pascua y de los Ázimos, María y José determinaron regresar á su casa de Nazareth, y emprendieron la marcha en compañía de sus deudos y amigos, segun que al venir lo habian verificado. Jesus se habia apartado de sus Padres sin que estos lo advirtiesen. Guardémonos de pensar que el santo Matrimonio fué reprehensible por no echar de ver la ausencia de Jesus: tesoro de inestimable valor que la Providencia les habia confiado, no apartaban de él ni por un instante su vista y su pensamiento. Ahora vá á cumplirse un nuevo designio de Dios, y por esto ordena este suceso. Creia la purísima y amante Madre que su Hijo se habria reunido á alguno de aquellos grupos que llevaban su misma direccion. Llegaba la noche y ambos esposos trataron de reunirse con Jesus: buscáronlo por todos los grupos y no le hallaron: preguntaron á las personas conocidas y ninguna le habia visto. María queda como suspensa, y al ver que faltándole su Hijo queda privada de ese bien, tipo de todos los bienes, de la luz de sus ojos, del mas firme apoyo de sus esperanzas, del que era en suma, su gozo y su alegría, su corazon es traspasado con una agudísima espada de dolor: sumergida en la mayor angustia mira á su bendito Esposo, y este á su vez, no pudiendo resistir la pesada losa que habia caído sobre su corazon, ni se atreve á romper su silencio. ¡Quién podrá pintar el triste cuadro que presentaría en tan angustiada situacion el santo Matrimonio! Con mas razon que Rubén, al no encontrar á su hermano José en la cisterna, podia esclamar la Santísima Virgen al llorar

la ausencia de su Divino Hijo: «El Niño no parece, ¿y yo á donde iré<sup>1</sup>.» Con la mayor presteza, vuélvense María y José á Jerusalem, con el objeto de buscar á Jesus. ¡Oh! ¡Qué noche tan cruel la que pasarian, y qué soledad tan amarga!.. Al siguiente dia salen por las calles y las plazas, y María en cuyo rostro se descubrirían las señales del dolor profundo que dividia su corazon, preguntaria como la Esposa de los Cánticos, á cuantas personas encontrase: ¿Por ventura, habeis visto al que ama mi alma? ¿Habeis visto al Hijo de mis entrañas? Si lo habeis visto decídmelo por piedad, y de este modo mitigareis la pena de mi corazon. Humildísima la Madre de Jesus, piensa si su Hijo se habrá ausentado por no ser ella digna de poseerle, ó por no haberle cuidado y atendido segun que merecia. Entonces dirige sus ruegos y clamores al Eterno Padre, rogándole viniese en su auxilio. San Buenaventura, pone en lábios de la Señora estas palabras: ¡Oh Eterno Padre! ¡Bien conozco que yo no soy digna de poseer un tesoro tan inestimable, pero Vos me lo disteis por un efecto de vuestra misericordia; yo no puedo vivir sin él: haced pues, por vuestra misericordia que vuelva otra vez á los brazos de su Madre!»

Imposible es á la humana inteligencia, querer medir la profundidad de este dolor de la Santísima Virgen: ofuscada su inteligencia, oscurecida su vista, sin atreverse á dar un paso porque le falta el norte que la dirigia en el mundo, cual otro Jeremias, no admitia el mas leve lenitivo á su dolor, y sus ojos brotaban un raudal de amargas lágrimas, porque se hallaba ausente de ella, el que era su consuelo<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Puer non comparet: ¿et ego quò ibo? Gén. XXXVII, 30.

<sup>2</sup> Id circo ego plorans, et oculus meus deducens aquas, quia longe factus est á me consolator meus. Thren I, 16.